

Érase que se era

Érase que se era una vez hace muchos, muchos años, una princesa que vivía en lo alto de una torre, custodiada por un fiero dragón, esperando al caballero que a salvarla fuere.

Pero esta no es la historia de la princesita, que por otra parte era una mujer algo inmadura, ni del dragón, que pese a su carácter violento era un romántico incurable. Ni siquiera es la historia de los caballeros que de cuando en cuando desfilaban por allí para surtir de proteínas la dieta del dragón, no.

Esta es la historia de Wilfred Sparsky.

Y quién coño es Wilfred Sparsky, os estaréis preguntando... Mirad bien, nunca le habéis visto, pero el siempre ha estado ahí. Observad la torre, su aspecto triste, barroco y... ¡limpio! Si la princesa llegó allí siendo una maldita cría (bueno, sigue siéndolo, pero ahora tiene pechos y todo eso), ¿cómo es que el polvo no lo cubre todo? ¿De dónde ha sacado la comida? ¿Quién limpia el buzón de propagandas de Telepizza? ¿Quién le hurga al dragón en las orejas con los bastoncillos para la cera tamaño XXXXXL?

Exacto: Wilfred.

Wilfred es el chico para todo del castillo. No tiene estudios, aceptó aquella oferta de trabajo para escapar de su vociferante madre, y bueno, aunque era bastante cansado al chico, la verdad, le gusta. Tiene sus momentos, si sabe organizarse. Por ejemplo, pronto aprendió que el momento de limpiar el desván debía ser justo cuando la princesita se baña. Hacer coincidir tales actividades aporta una impagable vista del cuerpo de la moza a través de las grietas del techo del baño. Y la verdad, una cría y bastante estúpida, sí, pero imaginad, si hordas y hordas de caballeros vienen a que el dragón se los zampe por lo poco que de ella han visto de lejos por una ventana (o representada por algún dibujante patoso), imaginad la vista de la que disfruta Wilfred.

Imaginad la clase de manchas que adorman el suelo del desván. Wilfred es humano, y bueno, está un poco salido.

Sí, esta es la historia de Wilfred, y va a ser una historia corta, porque claro, el desván tiene grietas, la princesa tiene mala leche, el dragón tiene una ligera miopía que algún día terminará logrando que identifique al pequeñajo Wilfred tarde como limpiador. Y los dragones son tan propensos a los estornudos asesinos...

Wilfred. Caminando por el patio en ruinas del castillo, silbando, pensando en el cuerpo de la princesa. Wilfred, sintiendo como a pesar del trajín que se ha pegado en el desván los pantalones le quedan súbitamente apretados...

Wilfred, distraído, cruzando bajo el rastrillo. Wilfred, distraído, sobre el puente levadizo. Wilfred, distraído, cayendo al foso.

Wilfred recordando que toda la tarde dándose caña ha impedido que se acordase de abrir el grifo del foso.

Wilfred con el cuello roto en el fondo del foso. El polvo que comienza a depositarse sobre las escaleras, las murallas, el dragón, la princesa y el cadáver de Wilfred, sabiendo que al fin a vencido a aquel muchacho cruel que le impedía acariciar la escena y velarla bajo el manto de la suave aspereza del olvido, donde sólo el susurro del silencio pueda ser oído.

Colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Ah, no, tiene moraleja. La moraleja es que no se puede luchar contra el polvo, pero podría ser que las mujeres y los fosos no son buena combinación. Buenas noches.

David Ruiz, 11 de junio de 2002.